3. Historia de José el carpintero

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Siglos IV-VI.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego traducido en el siglo IV al copto sahídico.

Fuente: Traducciones árabes medievales a partir del texto copto.

No se conocen bien los orígenes de este apócrifo, transmitido en copto sahídico, bohaírico y en árabe. Por ello, es probable que hay surgido en la iglesia copta egipcia antes de la invasión árabe. Tampoco es improbable —dado el origen de otros apócrifos— que en la base de todas las versiones estuviera el griego.

Esta obra tiene carácter de homilía litúrgica más que de pretendida historia. La parte central, compuesta por los capítulos 12-29-XXIX, es la más original y trata de la enfermedad, muerte y sepultura de José. Los capítulos 1-11 son una reelaboración de las tradiciones sobre la infancia de Jesús.

El texto de nuestra versión, etiquetada en algunas ediciones como Historia árabe de José el carpintero*, es un texto paralelo a la historia copta, cuyas ligeros detalles variantes no modifican la sensación de relatos coincidentes. Ofrecemos la versión de la edición latina, hecha por G. Wallin en 1722. En opinión de C. Tischedorf, traduce un texto árabe, considerado a su vez como traducción de una obra en lengua copta, a su vez basada en un original griego más antiguo.*

* * *

En el nombre de Dios, uno en esencia y trino en personas.

Historia de la muerte de nuestro padre, el santo anciano José el carpintero

Que sus bendiciones, hermanos, y sus oraciones nos guarden a todos. Amén. El total de los días de su vida fue de ciento once años, y su salida de este mundo ocurrió el veintiséis del mes de Abib, que equivale a nuestro mes de abril. Que su oración nos guarde. Amén. Por cierto, que fue el mismo Señor nuestro Jesucristo en persona el que refirió esta historia a sus discípulos en el monte de los Olivos, así como el relato de sus trabajos y la consumación de sus días. Los apóstoles, por su parte, conservaron estas palabras, las consignaron por escrito y las dejaron en la biblioteca de Jerusalén. Que su oración nos guarde. Amén.

Jesús habla a los apóstoles

1 Un día, nuestro Salvador y Maestro, Dios y Salvador nuestro Jesucristo, estaba sentado en el monte de los Olivos con sus discípulos, que se habían congregado todos. Y les habló diciendo: «Hermanos y amigos míos, hijos del Padre que os ha elegido de entre todos los hombres. Sabéis que repetidas veces os he anunciado que conviene que yo sea crucificado y muera por la salvación de Adán y de toda su descendencia, y que resucite de entre los muertos. Yo os encargaré la predicación del santo Evangelio, anunciado antes a vosotros, para que lo prediquéis por todo el mundo. Os revestiré de la virtud de lo alto y os llenaré del Espíritu Santo. Anunciaréis, pues, a todas las gentes la penitencia y el perdón de los pecados. Porque una sola copa que el hombre encuentre en el mundo futuro será más excelente e importante que todas las riquezas de este mundo. Y el lugar que pueda ocupar un pie en la casa de mi Padre será mayor y más precioso que todos

los tesoros de la tierra. Más aún, una sola hora en la morada alegre de los justos es más feliz y más valiosa que mil años entre los pecadores. Porque el llanto y los lamentos de estos no se acabarán, y sus lágrimas no cesarán; no hallarán nunca descanso ni alivio en ningún momento. Y ahora, miembros míos honorables, id y predicad a todas las gentes y comunicadles este anuncio: “Con seguridad el Salvador os procurará diligentemente la herencia debida, pues es administrador de justicia. Los ángeles derrotarán a vuestros enemigos y lucharán con ellos en el día del combate. Dios pedirá cuentas de cualquier palabra inepta y ociosa que hablen los hombres, que tendrán que dar razón de ella. De la misma manera que nadie escapará de la muerte, así quedarán patentes las obras de todos en el día del juicio, sean buenas o malas”. Anunciad también la palabra que hoy mismo os he dicho: “No se gloríe el fuerte de su fortaleza, ni el rico de sus riquezas, sino que quien quiera gloriarse, que se gloríe en el Señor”».

José queda viudo

2 Hubo un hombre, llamado José, oriundo del pueblo de Belén, de la región de Judá y de la ciudad del rey David. Instruido excelentemente en la ciencia y en la doctrina, fue nombrado sacerdote en el templo del Señor. Fue experto en el arte de la carpintería. De acuerdo con la costumbre de todos los hombres, tomó esposa. Y también engendró hijos e hijas, cuatro varones y dos hembras. Estos son sus nombres: Judas, Justo, Santiago y Simón; los nombres de las dos hijas eran Asia y Lidia. Pero falleció la esposa del justo José, que había estado siempre atenta a la gloria de Dios en todas sus obras. Y José, aquel varón justo, mi padre según la carne y esposo de María, mi madre, se dedicó, en compañía de sus hijos, a su profesión de carpintero.

Presentación de María en el Templo

3 Cuando enviudó José el justo, acababa de cumplir mi madre, bendita, santa y pura, los doce años. Porque sus padres la habían ofrecido en el Templo cuando tenía tres años, y había permanecido en el templo del Señor durante nueve años. Cuando vieron los sacerdotes que la virgen santa y temerosa del Señor había crecido, comentaron entre sí diciendo: «Busquemos un varón justo y piadoso a quien María pueda estar confiada hasta que llegue el tiempo de su matrimonio, no sea que mientras permanece en el Templo le suceda lo que suele suceder a las mujeres, por lo que seamos culpables de pecado y Dios se irrite contra nosotros.

Desposorios de José con María

4 Enseguida enviaron emisarios y convocaron a los doce ancianos de la tribu de Judá, que escribieron los nombres de las doce tribus de Israel. La suerte cayó sobre el piadoso anciano, José el justo. Entonces los sacerdotes dijeron a mi madre bendita: «Vete con José y permanece con él hasta el tiempo de tu matrimonio». Recibió, pues, José el justo a mi madre y la llevó a su casa. Encontró María al pequeño Santiago en la casa de su padre, descaecido de ánimo y triste por la pérdida de su madre, y ella lo educó. Por ello, María fue llamada madre de Santiago. Luego, dejándola José en su casa, marchó al taller donde desempeñaba el oficio de carpintero. Cuando la santa virgen hubo pasado dos años

en casa de José, cumplió los catorce años, incluido el tiempo en el que José la recibió.

La encarnación

5 Yo la amé de una forma particular por mi propia voluntad con el beneplácito de mi Padre y el designio del Espíritu Santo. Y me encarné en ella por un misterio que supera la comprensión de las criaturas. Cuando transcurrieron tres meses del embarazo, regresó el justo varón José del lugar donde ejercía su profesión. Al advertir que la virgen mi madre estaba encinta, quedó mentalmente turbado y decidió despedirla en secreto. Además, por el temor, la tristeza y la angustia de su corazón, no pudo comer ni beber en aquel día.

Visión de José

6 En medio del día, se le apareció en sueños el príncipe de los ángeles, san Gabriel, con instrucciones de mi Padre, y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque ha concebido por obra del Espíritu Santo; dará a luz un hijo, que recibirá el nombre de Jesús. Es este el que gobernará a todas las gentes con cetro de hierro». Dicho esto, el ángel se retiró, y José se levantó del sueño. Hizo, pues, como el ángel del Señor le había ordenado, y María permaneció en su casa.

Nacimiento de Jesús

7 Transcurrido el tiempo, apareció un decreto de Augusto, César y rey, para que se empadronase todo el orbe habitado, cada hombre en su propia ciudad. Levantándose, pues, el justo anciano José, tomó consigo a la virgen María y se dirigieron a Belén, porque el parto estaba ya inminente. Inscribió José su nombre en el registro de este modo: «José, hijo de David, cuya esposa es María, soy de la tribu de Judá». María, mi madre, me dio a luz en Belén, en una gruta cercana al sepulcro de Raquel, la esposa del patriarca Jacob, la que fuera madre de José y Benjamín.

Huida a Egipto

8 Pero Satanás fue y avisó a Herodes el Grande, padre de Arquelao. Este Herodes es el mismo que ordenó decapitar a Juan, mi amigo y pariente. Por eso me buscó con toda diligencia, pensando que mi reino era de este mundo. Sin embargo, aquel piadoso anciano José fue avisado en sueños del asunto. Por ello, levantándose, tomó a María, mi madre, en cuyo seno estaba yo descansando. Como compañera del camino se ofreció Salomé. Salió, pues, de su casa y se retiró a Egipto, donde permaneció un año entero hasta que cesó la cólera de Herodes.

Regreso a Nazaret

9 Pero Herodes murió con una clase de muerte pésima, sufriendo castigo por la sangre derramada de los niños, a quienes quitó de en medio inicuamente sin que fueran culpables de pecado alguno. Muerto, pues, Herodes, aquel tirano impío, regresaron José y mi madre a la tierra de Israel, y habitaron en una ciudad de Galilea, llamada Nazaret. José, volviendo al ejercicio de su profesión de carpintero, se ganó la vida con el trabajo de sus

manos. Porque nunca trató de buscarse gratis el sustento con el trabajo ajeno, tal como lo había ordenado Moisés en otro tiempo.

Vejez sana de José

10 Finalmente, al aumentar el número de los años de su ancianidad, envejeció. No obstante, no tuvo enfermedad corporal alguna, ni le falló la vista, ni le faltó un solo diente de la boca, ni le falló tampoco la razón durante todo el tiempo de su vida. Semejante a un joven lozano, conservó siempre un vigor juvenil en sus quehaceres. Sus miembros permanecieron íntegros y libres de toda clase de dolor. Toda su vida duró ciento once años, y su ancianidad se prologó muy largamente.

La Sagrada Familia

11 Justo y Simeón, los hijos mayores de José, tomando esposa, marcharon con sus familias. Igualmente las dos hijas contrajeron matrimonio y se fueron a sus casas. Permanecían, pues, en la casa de José Judas y el pequeño Santiago con la virgen, mi madre. Yo, además, permanecí allí mismo junto con ellos como si fuera uno más de sus hijos. Pasé toda mi vida sin pecado. Llamaba a María «mi madre» y a José «padre». En todo lo que me ordenaban, les daba la razón. Nunca los disgusté, sino que los obedecí, como suelen hacer cuantos hombres nacen en la tierra. Ningún día provoqué su ira, ni les repliqué palabra alguna o respuesta desabrida. Por el contrario, los amé con un cariño grande, como a la niña de mis ojos.

Se acerca la muerte de José

12 Después de estos acontecimientos, sucedió que se acercó la muerte de aquel piadoso anciano José y su salida de este mundo, según es la norma de todos los que nacen en esta tierra. Cuando ya su cuerpo se debilitaba por la cercanía de la muerte, un ángel del Señor le indicó que ya era inminente la hora de su fallecimiento. En consecuencia, le sobrevino el temor y una gran turbación de ánimo. Se levantó, pues, y se dirigió a Jerusalén. Entró en el templo del Señor y, puesto en oración junto al santuario, dijo:

Plegaria de José

13 «¡Oh Dios, que eres el autor de todo consuelo, Dios de toda misericordia, Señor del género humano, Dios de mi alma, de mi espíritu y de mi cuerpo, me postro ante ti suplicante, Señor y Dios mío! Si ya se han cumplido mis días, y es inminente mi salida de este mundo, envíame, por favor, al poderoso Miguel, príncipe de tus santos ángeles. Que permanezca conmigo hasta que mi pobre alma salga de este cuerpo desgraciado sin molestia, terror ni turbación. Porque un gran temor y una tristeza vehemente se apodera de todos los cuerpos en el día de la muerte, ya se trate de varón o de hembra, de bestia o de fiera, de cuanto repta por la tierra o vuela por el aire. En fin, todas las criaturas que hay bajo el cielo, dotadas de aliento vital, sienten la sacudida del horror, de un gran miedo y de un inmenso cansancio cuando las almas abandonan sus cuerpos.

»Ahora bien, ¡oh mi Señor y mi Dios!, que tu santo ángel asista con su auxilio a mi alma y a mi cuerpo hasta que se separen mutuamente. Que no se aparte de mí la faz del

ángel, designado para mi custodia desde el día de mi creación, sino que se muestre como mi compañero de camino hasta que me conduzca hasta ti[501]. Que su rostro sea afable y alegre para mí y me acompañe en paz. No permitas que los demonios de aspecto terrible se acerquen a mí en el camino por donde tengo que ir, hasta que llegue a ti felizmente. No dejes que los guardianes de las puertas impidan la entrada de mi alma en el paraíso. Ni que, poniendo al descubierto mis pecados, me expongas a la vergüenza ante tu terrible tribunal. Que no se lancen contra mí los leones. Y que las olas del mar de fuego, que toda alma tiene que atravesar, no sumerjan mi alma antes de que contemple la gloria de tu divinidad. ¡Oh Dios, juez justísimo, que juzgarás a los mortales con justicia y equidad, y pagarás a cada uno según sus obras! ¡Oh Señor y Dios mío!, concédeme, por favor, tu misericordia, y alumbra mi camino para que pueda llegar hasta ti. Porque tú eres para todos la fuente abundante de bienes y gloria eternamente, amén».

José cae enfermo

14 Sucedió luego que, cuando regresó a Nazaret a su casa, cayó enfermo y tuvo que guardar cama. Era el tiempo en que se acercaba su último día, como es el destino de todos los hombres. Se sentía gravemente enfermo como nunca lo había estado desde el día de su nacimiento. Y así agradó por cierto a Cristo exponer las circunstancias de la vida del justo José. Vivió cuarenta años antes de contraer matrimonio. Después permaneció su esposa bajo su tutela cuarenta y nueve años, pasados los cuales, falleció. Un año después de esta muerte, los sacerdotes encomendaron a José la custodia de mi madre, la bienaventurada María, para que la guardase hasta el tiempo de sus bodas. Pasó ella dos años en casa de José sin que sucediera nada de particular. Pero a los tres años de su estancia, cuando ella tenía quince años, me dio a luz en la tierra por un misterio que no puede entender ni comprender criatura alguna, sino yo, mi Padre y el Espíritu Santo, que conmigo forman una sola esencia.

Se agrava la salud de José

15 El total de la vida de mi padre, aquel justo anciano, alcanzó los ciento once años, tal como lo había determinado mi Padre celestial. El día en que su alma abandonó su cuerpo era el veintiséis del mes de Abib. El oro fino empezó a perder su esplendor y la plata a deteriorarse por el uso, me refiero a su entendimiento y a su ciencia. Aborreció también la comida y la bebida, y se desvaneció su destreza en el oficio de la carpintería, de modo que no volvió a tener ni idea de ella. Sucedió, pues, que al amanecer del día veintiséis del mes de Abib, el alma del justo anciano José se volvió inquieta según estaba recostado en el lecho. Por ello, abrió su boca lanzando suspiros, dio unas palmadas y grito con gran voz, diciendo de este modo:

Lamentaciones de José

16 «¡Ay del día en que vine a este mundo! ¡Ay del vientre que me gestó! ¡Ay de las entrañas que me recibieron! ¡Ay de los pechos que me amamantaron! ¡Ay del regazo sobre el que descansé! ¡Ay de las manos que me llevaron y me educaron hasta que crecí! Puesto que fui concebido en la iniquidad, y en el pecado me concibió mi madre

(Sal 51, 7). ¡Ay de mi lengua y de mis labios, que profirieron y hablaron vanidad, maledicencia, mentira, error, escarnio, impostura, detracción e hipocresía! ¡Ay de mis ojos, que contemplaron el escándalo! ¡Ay de mis oídos, que se gozaban con las palabras de los calumniadores! ¡Ay de mis manos, que se hicieron con lo que no era legítimamente suyo! ¡Ay de mi vientre y de mis intestinos, que apetecieron alimentos que les estaban prohibidos! ¡Ay de mi garganta que, como el fuego, consumía todo lo que encontraba! ¡Ay de mis pies, que muchas veces anduvieron por los caminos que eran desagradables a Dios! ¡Ay de mi cuerpo y ay de mi triste alma, que se apartaron de Dios su creador! ¿Qué haré cuando llegue al lugar en el que tenga que presentarme ante el justísimo juez, y él me reprenda por las obras que acumulé en mi juventud? ¡Ay de todo aquel hombre que muere en sus pecados! En efecto, la hora terrible que se abatió sobre mi padre Santiago, cuando su alma voló de su cuerpo, es la que ahora me amenaza. ¡Qué desdichado soy hoy y digno de lamentación! Pero Dios solo es el que dirige mi alma y mi cuerpo, el que cumple en ellos su voluntad».

Jesús consuela a su padre José

17 Estas son las cosas que habló José, aquel anciano justo. Cuando yo entré donde él estaba, encontré su alma en vehemente conmoción, pues estaba sumido en la mayor angustia. Y le dije: «Salve, padre mío José, ¿cómo te encuentras?». Él me respondió: «Salve muchas veces, hijito querido. Porque me han rodeado el dolor y el temor de la muerte, pero tan pronto como oí tu voz, se ha apaciguado mi alma. ¡Oh Jesús Nazareno, Jesús mi protector, Jesús salvador de mi alma, Jesús mi defensor! Jesús, nombre dulcísimo en mi boca y en la de todos los que te aman; ojo que ves y oído que oyes, escúchame. Yo, tu siervo, te venero hoy humildemente y derramo mis lágrimas junto a ti. Tú solo eres mi Dios, como muchísimas veces me lo dijo el ángel, sobre todo aquel día en que mi ánimo dudó con perversos pensamientos sobre la pura y bendita María que estaba encinta y a la que yo pensaba repudiar en secreto.

»Pero cuando yo estaba meditando tales cosas, se me aparecieron durante mi descanso por un admirable misterio unos ángeles del Señor que me dijeron: “José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa, ni te pongas triste, ni profieras palabras indecorosas sobre su embarazo, porque está encinta por obra del Espíritu Santo, y dará a luz un hijo cuyo nombre será Jesús. Pues él salvara a su pueblo de sus pecados”. No me desees mal alguno por esta causa, Señor, porque yo ignoraba el misterio de tu natividad. También me acuerdo, mi Señor, del día en que murió aquel niño por la mordedura de una serpiente. Sus parientes querían entregarte a Herodes diciendo que eras tú el que lo habías matado. Pero tú lo resucitaste de entre los muertos y se lo devolviste a los suyos. Entonces yo me acerqué, te tomé de la mano y te dije: “Hijo mío, ten cuidado”. Tú me respondiste: “¿Eres tú acaso mi padre según la carne? Ya te enseñaré quién soy yo”. Ahora, pues, Señor y Dios mío, no te irrites conmigo o me condenes por aquel momento. Yo soy tu siervo e hijo de tu esclava; y tú eres mi Señor, mi Dios y mi Salvador, Hijo de Dios verdadero».

Universalidad de la muerte

18 Cuando mi padre José hubo dicho estas cosas, ya no tenía fuerzas para llorar.

Y comprendí que la muerte ya se hacía con él. Levantándose, pues, mi madre, la virgen purísima, se acercó a mí y dijo: «¡Oh hijo mío querido, ya está a punto de morir este piadoso anciano José!». Yo le respondí: «¡Madre mía queridísima, a todas las criaturas que nacen en este mundo les llega con seguridad la necesidad de morir, pues la muerte tiene poder sobre todo el género humano! Tú también, virgen y madre mía, lo mismo que el resto de los mortales, debéis salir de esta vida. Sin embargo, tu muerte, como la de este hombre piadoso, no es muerte, sino vida perpetua para la eternidad. También es preciso que yo muera con este cuerpo que recibí de ti. Pero levántate, venerable madre mía, vete y entra donde está el bendito anciano José, para que veas lo que va a suceder cuando su alma salga del cuerpo».

Jesús junto al lecho de José

19 María, pues, fue y entró al lugar donde se encontraba José. Yo, por mi parte, estaba sentado a sus pies con los ojos fijos en él. Las señales de la muerte ya habían aparecido en su rostro. Mas aquel bendito anciano, levantando la cabeza, miraba mi cara con los ojos fijos. Sin embargo, apenas tenía fuerza para hablarme por el dolor de la muerte que ya lo atenazaba y le arrancaba suspiros. Yo sostuve sus manos durante una hora entera, y él, con su rostro vuelto hacia mí, me indicaba que no lo abandonase. A continuación, puse mi mano sobre su pecho y noté que su alma estaba ya cerca de su garganta y preparada para salir de su morada corporal.

La agonía

20 Cuando mi madre, la Virgen, me vio que tocaba su cuerpo, tocó también ella sus pies. Y cuando advirtió que estaban ya muertos y sin calor, me dijo: «Hijo mío querido, en efecto, sus pies empiezan a enfriarse y están helados como la nieve». Llamó, pues, a los hijos y a las hijas de José y les dijo: «Venid los que aquí estáis y acercaos a vuestro padre, porque ciertamente está en las últimas». Respondió Asia, la hija de José, diciendo: «¡Ay de mí, hermanos míos, esta es la misma enfermedad que tuvo mi madre querida!». Y se lamentaba hecha un mar de lágrimas mientras lloraban los demás hijos de José. Yo también y mi madre María lloramos juntamente con ellos.

Muerte de José

21 Volviendo los ojos hacia el mediodía, vi que ya llegaba la muerte y con ella todo el infierno. Venía escoltada por su ejército y sus satélites; sus vestidos, sus rostros y sus bocas vertían fuego. Cuando mi padre José advirtió que todo esto se dirigía directamente hacia él, sus ojos se deshicieron en lágrimas, y al mismo tiempo gimió de modo admirable. Vista la vehemencia de sus suspiros, rechacé a la muerte y al ejército entero de los servidores que la acompañaban. Entonces invoqué a mi buen Padre, diciendo:

Plegaria de Jesús

22 «¡Oh Padre de toda clemencia!, ojo que ves y oído que oyes, escucha mi súplica y mis plegarias por el anciano José, y envía a Miguel, príncipe de tus ángeles, y a Gabriel, pregonero de la luz y luz de tus ángeles, para que todo su coro vaya con el alma de mi padre José hasta que la conduzcan junto a ti. Esta es la hora en que mi padre necesita misericordia. Pero yo os digo que todos los santos, más aún, todos los hombres que nacen en el mundo, sean justos o perversos, deben gustar por necesidad la muerte».

Muerte de José

23 Vinieron, pues, Miguel y Gabriel hasta el alma de mi padre José, la tomaron y la envolvieron en una envoltura luminosa. Así entregó su espíritu en manos de mi buen Padre, que le otorgó la paz. Todavía ninguno de sus hijos conoció que había muerto. Pero los ángeles guardaron su alma de los demonios de las tinieblas, que acechaban en el camino. Y alabaron a Dios hasta que la condujeron a la morada de los justos.

Luto en la casa de José

24 Su cuerpo quedó tendido y pálido. Por eso, arrimé mi mano a sus ojos y los entorné, cerré su boca y dije a María, la Virgen: «¡Oh madre mía!, ¿dónde está la profesión que ejerció durante todo este tiempo que vivió en el mundo? Ha perecido, y ahora es como si nunca hubiera existido». Cuando sus hijos me oyeron que hablaba con mi madre, la Virgen pura, comprendieron que ya había expirado y rompieron en lamentos mezclados con lágrimas. Pero yo les dije: «En verdad que la muerte de vuestro padre no es muerte, sino vida eterna. Porque liberado de las miserias de este mundo, ha pasado al perpetuo descanso que durará eternamente». Al oír estas palabras, rasgaron sus vestiduras llorando.

Honras fúnebres

25 Los habitantes de la ciudad de Nazaret y de toda Galilea se enteraron de su duelo y acudieron a ellos, y lloraron desde la hora de tercia hasta la de nona. A la hora de nona acudieron todos a la vez a la habitación de José. Se llevaron su cuerpo después de embalsamarlo con ungüentos de calidad. Mientras tanto, yo rogaba a mi Padre con la oración propia de los habitantes del cielo. Es la misma oración que escribí con mi propia mano antes de ser concebido en el seno de la virgen María, mi madre. Tan pronto como la terminé y pronuncié el «amén», se acercó una inmensa multitud de ángeles; y a dos de ellos les ordené que extendieran una vestidura luminosa y envolviesen con ella el cuerpo del bendito anciano José.

Bendición de Jesús

26 Dirigiéndome a José, dije: «No dominará sobre ti el olor de la muerte y su hedor, ni saldrán jamás gusanos de tu cuerpo. No se quebrará ni uno solo de sus miembros, ni se alterará uno solo de los cabellos de tu cabeza, ni perecerá nada de tu cuerpo, padre mío José, sino que permanecerá íntegro e incorrupto hasta el banquete de los mil años. A todo aquel que haga una ofrenda por los difuntos en el día de tu conmemoración, yo lo bendeciré y lo recompensaré en la congregación de las vírgenes. El que con el fruto de su

trabajo proporcione alimentos a los pobres, viudas y huérfanos en el día en que se celebra tu memoria, y en tu nombre, nunca se verá privado de bienes en todos los días de su vida. Al que ofrezca de beber, aunque solo sea un vaso de agua o de vino, a una viuda o a un huérfano en tu nombre, yo te lo entregaré para que entres con él en el banquete de los mil años. Y a todo hombre que se preocupe de hacer una ofrenda en el día de tu conmemoración, yo lo bendeciré y le daré su recompensa en la asamblea de las vírgenes. Le daré el treinta, el sesenta y el ciento por uno.

»Al que escriba la historia de tu vida, de tus trabajos y de tu partida de este mundo, y recoja las palabras que han salido ahora de mi boca, yo lo confiaré a tu tutela mientras permanezca en esta vida. Cuando su alma salga del cuerpo, y tenga que abandonar el mundo, yo quemaré el libro de sus delitos y haré que no sea atormentado por suplicio alguno en el día del juicio. Más bien atravesará el mar de fuego y lo recorrerá sin molestia ni dolor. Esto es lo que debe hacer todo hombre pobre, el que no puede hacer nada de lo que he enumerado, a saber, si le nace un hijo, que le ponga de nombre José. De esa manera, su casa se verá libre de la escasez y de la muerte repentina eternamente».

Camino del sepulcro

27 Más adelante, se reunieron los jefes de la ciudad en el lugar donde había sido depositado el cuerpo del bendito anciano José. Llevaban consigo velos festivos para envolverlo con ellos según la costumbre con que suelen amortajar los judíos sus cadáveres. Pero hallaron que el cuerpo tenía los lienzos como adheridos. Estaban tan pegados al cadáver, que los que quisieron desenvolverlo encontraron que la mortaja era inmóvil e indisoluble como si fuera de hierro. Ni siquiera pudieron encontrar extremidades en los lienzos, lo que les provocó una gran admiración. Al final, lo sacaron a un lugar donde había una gruta, abrieron la puerta para depositar su cuerpo entre los cuerpos de sus padres. Entonces me vino a la memoria el día en que marchó conmigo a Egipto y las inmensas molestias que tuvo que soportar por mi causa. En consecuencia, lloré su muerte mucho tiempo y, reclinado sobre su cuerpo, dije:

28 «¡Oh muerte, que haces inútil toda ciencia y provocas tantas lagrimas y tantos lamentos! Mi Padre Dios es ciertamente el que te ha concedido este poder. Pues por la transgresión de Adán y de su esposa Eva mueren los hombres, de modo que la muerte no perdona ni a uno siquiera. Sin embargo, a nadie le sucede o se le aplica sin el mandato de mi Padre. Existieron ciertamente hombres que prolongaron la vida hasta los novecientos años, pero murieron. Más aún, aunque algunos vivieron más tiempo, todos acabaron sucumbiendo al mismo destino. Nadie ha podido jamás decir: “Yo no he gustado la muerte”. Porque el Señor nunca impone la misma pena sino una sola vez, y ello cuando agrada a mi Padre enviársela al hombre. En el mismo momento en que ella se acerca, fijándose en el mandato que baja del cielo, dice: “Me presentaré contra el hombre promoviendo una conmoción inmensa”. Entonces se produce sin demora un ataque contra el alma, la muerte la domina obrando con ella a su arbitrio.

»Precisamente porque Adán no cumplió la voluntad de mi Padre, sino que violó su

mandato, mi Padre se irritó contra él y lo condenó a muerte. Esa es la razón por la que la muerte entró en el mundo. Porque si Adán hubiera observado el precepto de mi Padre, nunca le hubiese llegado la muerte. ¿Pensáis que yo podía pedir a mi buen Padre que me enviara un carro de fuego, que tomara el cuerpo de mi padre José y lo trasladara al lugar del descanso para que habitara con los seres espirituales? Pero por la prevaricación de Adán descendió esta desgracia y la violencia de la muerte sobre todo el género humano. Esta es la causa por la que conviene que yo muera según la carne, para que los hombres, que yo he creado, puedan alcanzar misericordia».

Sepultura de José

29 Después de decir esto, abracé el cuerpo de mi padre José y lloré sobre él. Otros abrieron la puerta del sepulcro y depositaron en él su cuerpo junto al cuerpo de su padre Santiago. Cuando se durmió, acababa de cumplir los ciento once años. Nunca tuvo un dolor de dientes en su boca, ni la agudeza de sus ojos se debilitó, ni su talle se encorvó, ni disminuyeron sus fuerzas. Trabajó en su profesión de carpintero hasta el último día de su vida, que fue el día veintiséis de Abib.

Reacción de los apóstoles

30 Cuando nosotros, los apóstoles, oímos estas cosas que dijo nuestro Salvador, nos levantamos alegres y, postrados ante él, lo honramos, diciendo: «¡Oh Salvador nuestro!, muéstranos tu misericordia, porque acabamos de oír la palabra de vida. No obstante, admiramos, ¡oh Salvador nuestro!, el destino de Henoc y de Elías, ya que ellos no estuvieron sometidos a ninguna clase de muerte. Porque en realidad habitan en la morada de los justos hasta el día de hoy, y sus cuerpos no han conocido la corrupción. Sin embargo, aquel anciano, José el carpintero, era tu padre según la carne. Ahora bien, tú nos ordenaste que fuéramos por todo el mundo predicando el santo evangelio, y nos dijiste: "Anunciad también la muerte de mi padre José, y celebrad en su honor como sagrado un día de fiesta en el día de su aniversario. Todo el que detraiga algo de estas palabras o les añada alguna cosa, incurre en falta". Admiramos ciertamente a José, desde aquel día en que naciste en Belén, porque te llamara hijo suyo según la carne. ¿Por qué no lo hiciste inmortal, lo mismo que lo son Henoc y Elías? Y tú afirmas que él fue justo y elegido».

La ley universal de la muerte

31 Nuestro Salvador respondió diciendo: «La profecía de mi Padre se cumplió realmente en Adán por su desobediencia. Todo está dispuesto según el arbitrio y la voluntad de mi Padre. Por eso, si el hombre hace caso omiso del mandato de Dios, sigue las obras del diablo cometiendo pecado y se prolonga su vida, es conservado vivo precisamente por si acaso hace penitencia, y piense que caerá en manos de la muerte. Pero si alguien vive preocupado por las buenas obras, también se le prolonga el espacio de la vida, para que al crecer la fama de su recta ancianidad, los hombres buenos lo imiten. Pero cuando veáis a un hombre inclinado a la ira, sabed que sus días son abreviados; pues ellos son los que desaparecen en la flor de su edad. Así pues, toda profecía que pronunció mi Padre sobre los hijos de los hombres debe cumplirse en cualquier aspecto. Por lo que se

refiere a Henoc y a Elías, cómo siguen vivos hasta el día de hoy conservando los mismos cuerpos con los que nacieron, y por lo que toca a mi padre José, que no gozó como aquellos de la permanencia en el cuerpo, sabed que aunque viva el hombre muchas miríadas de años en el mundo, la vida dará paso a la muerte. Y yo os digo, hermanos míos, que es preciso que Henoc y Elías regresen al mundo al final de los tiempos y mueran. Eso ocurrirá en el día de la conmoción, del terror, de la angustia y de la aflicción. Pues el Anticristo dará muerte a los cuatro cuerpos y derramará su sangre como si fuera agua por causa del oprobio que le echarán en cara y de la ignominia que le acusarán los vivientes cuando se descubra su impiedad».

Epílogo

32 Y dijimos: «¡Oh Señor, nuestro Dios y Salvador!, ¿quiénes son aquellos cuatro, que dijiste que el Anticristo iba a quitar de en medio por sus reproches?». Respondió el Salvador: «Son Henoc, Elías, Sila y Tabitha». Cuando oímos estas palabras de labios de nuestro Salvador, nos alegramos y regocijamos, y ofrecimos toda gloria y acción de gracias al Señor Dios y a nuestro Salvador Jesucristo. Él es a quien se debe la gloria, el honor, la dignidad, el dominio, el poder y la alabanza, y juntamente con él, al Padre bueno y al Espíritu Santo vivificante, ahora y en todo tiempo por los siglos de los siglos, amén.